

Perro Fantasma

(Tres cuentos incluidos en
Mi papá es un lobo)

Martín García López



Perro fantasma	3
Las culebras de mamá	6
Café capuchino	13

Perro fantasma

I

Mi hermana y yo heredamos esta vieja casa donde pasea su perro fantasma. No tiene mucho que lo adoptó, si acaso un mes o dos, y es que a veces olvido el tiempo porque nunca lo he visto, pero sé que está ahí cuando mi hermana le habla: ¡Álex! Así ha decidido llamarlo, aunque no sepa si antes de morir se llamó Remullo o Griego.

Mi hermana suele decirme que Álex traspasa las paredes durante la noche, cuando nadie tiene la intención de verlo, y ella tiene miedo de que un día salga por la pared principal, la que da a la calle, y nunca vuelva. Yo la consuelo, acostándome a su lado, diciéndole que Álex

no se irá, que los animales nunca se van, y ella no evita preguntar por nuestra mamá.

II

Mi hermana dice que Álex desapareció hace dos días, por eso estoy preocupado. Salí a buscarlo por las avenidas. Estoy seguro de que no lo encontraré muerto. Si acaso puedo, lo veré sobre el cadáver de un perro queriéndolo lamer. Pero no hay suerte. Pienso si podría conseguir otro perro fantasma para ella, uno casi idéntico, pero prefiero serle sincero.

Mi hermana me espera en la entrada de la casa que heredamos y me abraza. Álex ha vuelto. Como dijiste que lo haría, me dice mientras lo señala. Yo no puedo verlo, pero me encorvo para acariciar su cabeza. Ella ríe y afirma que esa es su cola. Me disculpo con el perro fantasma. A mi hermana le propongo que duerma, es tarde y mañana tiene clases. Ella se acuesta y abraza a Álex y yo me pregunto: ¿Por qué no existirán las mamás fantasmas?

Las culebras de mamá

A veces me desespero porque la puerta del jardín no se abre desde que creció la hierba. Papá nos prohibió entrar. Me exige que no la abra porque entre la maraña hay culebras venenosas que pueden meterse a casa. Ya habrá tiempo de matarlas a todas¹, dice papá cuando les vuela la cabeza de un machetazo. Cuando él se va a la cantina y nos deja a Nicolás y a mí solos, yo paso entre las rejas de la puerta, porque ya no puedo abrirla por la hierba, y entro en el jardín. Las culebras que tanto odia papá muchas veces se arrastran entres mis pies, claro, si me quedo mucho tiempo entre la hierba, se mueven por todo mi cuerpo y me cubren de caricias,

su piel es áspera, pero cálida, y su olor es como el de mamá. A Nicolás le gusta más aprovechar cuando papá no está y subirse el techo. Tiene meses queriendo volar, bueno, desde que se murió mamá. Papá se enoja cuando Nicolás sube al techo y extiende las manos, como si buscará atrapar una nube y él me grita: ¡Date cuenta, Esteban! ¡Ahí arriba está un tiburón! A mí me gustan más las culebras que se meten entre los pies. Papá las suele matar de un machetazo, justo en el cuello, si es que las culebras tienen cuello, les quita la cabeza y la tira en el cerro, lo demás lo utiliza para un remedio. Dice que la piel de culebra hecha crema le relaja el ardor que le dan unas llagas en su cuerpo. También dice que es para curarse de un embrujo, que está tan embrujado que por eso Nicolás quiere volar, porque también está embrujado. Tarugo, así le dice al embrujo de él. Ese muchachito está tarugo. A mí me gusta más la tierra, como a mamá, por eso ella está enterrada, porque le gusta la tierra, y entonces, cuando juego con las culebras, que entre mis manos toman colores y salen de la tierra, pienso que son cabellos de mamá. Ella está debajo del jardín, por eso, papá no corta la hierba, porque sería como cortar a mamá y papá no quiere cortar a mamá. Ya la cortó una vez y papá se deprimió mucha entonces, lloró y lloró en

¹ Fragmento de “El jardín” de Diego Armando Arellano.

la cantina y Nicolás y yo estuvimos en el techo de la casa. Nicolás decía que ahí estaba mamá, en el cielo, que eso decía el cura, que yo no lo sabía porque yo me dormía en misa, pero es que los sábados me quedaba hasta muy noche despierto, acurrucado como un gatito en las piernas de mamá y ella tejía con la luz de una vela. Le tejía a un hermanito que íbamos a tener Nicolás y yo, se iba a llamar Manuel, como mi papá. Por eso, si estaba en sus piernas, cerca de su panza, podía escuchar al niño hablar. Me decía que a él le gustaba el agua y que en el agua también había tiburones y culebras, que se metían en su boca, que le mordían la carne que tenía entre los labios y que lo hacían llorar muy suavcito, que mamá no escuchaba y yo sí. Nadie entendía a las culebras, pero ellas eran como mamá, algunas culebras andaban muy escondidas entre la hierba, huyendo del machete de papá y otras se quedaban cerca de mí, escondidas entre mis pantalones, abrazándose a mis piernas. Quería que me contaran de mamá. Nicolás se acostaba en el techo y veía el cielo y me decía que era como el mar, pero al revés, o que tal vez nosotros estábamos al revés, que por eso las nubes eran tiburones, que se comían a las pequeñas, y avanzan y avanzan y avanzan y abren sus bocas enormes y se comen a los pequeños y Ni-

colás les grita que no hagan eso y se pone a llorar. Yo le expliqué que las nubes se unen a otras y se hacen más grandes, que no se las están comiendo, que lo mismo pasó con mamá, que mamá es todo el jardín, y que se hizo más grande y se extiende y extiende por todo el cerro. Mamá es la tierra que está entre los cerros y el campo, la que se mueve con el aire y va a otros pueblos. Mamá está en otros pueblos y mamá está en la hierba, en las culebras. Cuando camino descalzo por la hierba, siento aún las palabras de mamá tocándome los dedos y las culebras me siguen. Manuel también está ahí acompañando a mamá, por eso sé que ella no está sola, porque ahí están los dos. Papá es el que se siente solo, pero nunca nos podemos acercar Nicolás y yo. Él prefiere no estar en casa y lo hallamos dormido en la entrada y apenas lo podemos meter entre los dos arrastrándolo. Su boca apesta a culebras muertas y su cuerpo sudoroso hace que nuestras manos resbalen cuando lo jalamos, como si estuviera bañado en grasa. Nicolás insiste en que lo dejemos en la entrada, dice que él vendrá cuando quiera. A mí no me gusta dejarlo ahí, luego los perros lo mean. Me pongo triste cuando papá mata a todas las culebras porque me acuerdo cuando le cortó la cabeza a mamá, de tajo y de un solo golpe y no es que lo culpe por lo que

hizo, es solo que cuando la cabeza de mamá cayó, sus ojos me miraron y yo siento que me quedé guardado en sus ojos, en el centro. Fue Nicolás el que cargó la cabeza y papá quien arrastró el cuerpo, aún está la mancha de su sangre en la casa. Papá cavaba y Nicolás abrazaba la cabeza de mamá, viendo el cielo azul y diciendo: Ahí es donde se fue. Las culebras no deberían morir, pero papá las mata porque a él le salen más llagas. Las mata y se pone a llorar por las noches. Ya nunca vamos más allá del jardín, porque en el pueblo nos preguntan por mamá y nosotros no sabemos qué decir. Papá dice que se fue con la abuela y que lo que hizo lo hizo porque estaba embrujado, que está muy enfermo y que necesita de nuestra ayuda, que seamos buenos niños. Cuando no lo somos, como cuando yo me meto al jardín y él me ve, o como cuando Nicolás está en el techo y papá lo ve, nos pega, nos azota con su cinturón en la espalda y Nicolás no llora y yo sí lloro. Ahora papá ya no lo hace, ya no puede hacer nada de eso, porque las llagas del cuerpo le duelen mucho y ya no se puede parar del petate y ahí está, acostado, y Nicolás está en el techo mirando las nubes y la hierba ha crecido mucho, ya pasó del jardín y se metió a la casa y con ella trajo las culebras. Ellas se acercan a papá y le pasan por las piernas y las manos y

él me dice que agarre el machete y las mate, pero yo no lo haré, porque no quiero lastimar a mi mamá y, si mi mamá está ahí con papá, mor-diéndole las llagas del cuerpo, entonces es por algo. Y yo me salgo al jardín para ver a Nicolás, y papá grita y Nicolás da un salto del techo y se va con mamá al cielo.

Café capuchino

Le tomo sus dedos, tan iguales a los míos y tan distintos. Camino con él hacia la entrada del bazar. Entiendo su silencio y su condición, es un mono capuchino vampiro y está enamorado. Lo más difícil es estar enamorado. Se sube por mi pierna y se acurruca en mi hombro, cerca de mi oído. Entramos al bazar y me recibe la vendedora o su prometida si él quisiera. Le digo hola, pero no le digo: Este mono que está en mi hombro es con quien chateas. Ella le da una caricia como si fuera una mascota y no mi jefe. Me guía por un pasillo donde cucharas y tenedores oxidados me reciben, podrían ser los que tiré a la basura cuando mi mamá murió. El mono me di-

ce: Pregúntale a la vendedora que cuál es su objeto favorito. Un anuncio de Coca-Cola de neón, responde ella y me muestra la pieza, la luz no lastima al mono capuchino vampiro, más bien, lo lastima la indiferencia de ella.

Cuando él me contrató como su traductor, no me dijo que estaba enamorado, solo que era un vampiro y que necesitaba que alguien le sujetara la mano en las noches cuando salía a beber sangre. Ahora sé que mi trabajo es más difícil. No creo que quiera que finja ser él, pero sé que quiere tener una oportunidad para acercarse a la vendedora y sentir que conectan con una mirada. Y entiendo su condición, yo también me he enamorado de mujeres con pulgares. Saco la cartera y le digo a la vendedora que compraré el anuncio de Coca-Cola de neón. Ella me pregunta que si deseo bolsa de regalo, le digo que no, que pienso ponerlo sobre la tumba de mi mamá para que ilumine su nombre. Ella sonrío, el mono me encaja las uñas en la yugular. Nos despedimos y el mono capuchino vampiro brinca de mi hombro y se va por los pasillos del bazar.

Entender a los animales no es difícil, lo difícil es verles el iris del ojo, las orejas y la boca, así me dijo mi mamá. El problema con los seres humanos es que nuestras orejas no se mueven, por eso somos incapaces de comunicarnos, por

eso no puedo decirle a la vendedora: Déjalo, solo está enamorado y no sabe cómo acercarse contigo y decirte que es un vampiro, pero que no te chupará la sangre. En lugar de eso, ella lo carga como un bebé y me lo entrega en los brazos. Me pide que lo cuide porque es bonito. El mono capuchino vampiro se sienta en mi hombro y me dice que sus pulgares tocaron sus axilas. Salimos del bazar, en la calle, él se baja y me toma de la mano. Me pide el celular, quiere escribirle a la vendedora que pasó hoy por su bazar y pensó en entrar, pero que aún no tiene el valor para hablarle. Le digo que se apresure, aún debe de comer antes de que amanezca y yo debo de pasar a entregar un regalo a la tumba de mi mamá.

Perro Fantasma es una selección de cuentos
incluidos en ***Mi papá es un lobo*** de Martín García
López.

Mi papá es un lobo
Primera edición, noviembre 2024
ISBN: 978-607-26631-0-7

Edición: Francisco López Ibarra
Cuidado editorial: Idalia López y Denisse Vázquez

Editorial Cubierta Profunda
Guadalajara, Jalisco, México
www.cubiertaprofunda.com